

¡HAGAN JUEGO, SEÑORES...!

Numero feb-1938

CUANDO oficialmente se estableció por primera vez la "Bolita" con el filantrópico disfraz de "Banco de la Beneficencia" creímos que aquel atentado contra el decoro nacional se había realizado porque teníamos un gobierno de facto presidido por una figura anodina, cuya inconsistencia de carácter y carencia de relieve intelectual la hacía insensible a toda responsabilidad.

Pero no ha resultado así. La "Bolita" acaba de restablecerse mediante una ley del Honorable Congreso y la sanción del también Honorable Presidente de la República.

Los argumentos que se han esgrimido para justificar esta nueva inmoralidad pública, esta afrenta nacional, son tan insinceros como insensatos. Se afirma que el juego ha llegado a ser en el cubano un vicio irredimible, y que el Estado debe convertir en pesos y centavos su flaqueza moral.

La primera afirmación es muy discutible. Hay todavía una gran parte de nuestra población que continúa viendo con repulsa el juego, a pesar de la campaña de publicidad que realiza el Gobierno para convencerla que el jugar es un acto moral.

Pero aún admitiendo como cierta la humillante tesis gubernamental, y fuésemos jugadores todos los que nacimos en esta desventurada tierra, este lamentable hecho no sería una razón para que el Gobierno explotase nuestra debilidad moral.

Hubo un tiempo que en la China el consumo de opio se extendió a todas las clases sociales, pero jamás ninguno de sus gobiernos se atrevió a darle el espaldarazo oficial a este denigrante vicio. Esto hubiese significado el rebajamiento moral de la clase gobernante.

La clase gobernante en todas las circunstancias debe siempre tener o aparentar una moral más elevada que la de sus gobernados. Pero en Cuba ocurre todo lo contrario: el individuo tiene una moral más alta que el Estado.

Antes que se estableciese la Renta de Lotería no existían en el país las innumerables rifas que hay ahora, y el juego estaba circunscrito solamente a un pequeño grupo de nuestra población. Hoy se extiende por todas nuestras clases sociales. Todas las noticias numéricas, recaudación de la Aduana de la Habana, compensaciones del "Clearing House", ascendencia total de acciones de la Bolsa de New York, etc., sirven para improvisar rifas. Gran parte de nuestra industria confía más su éxito a un plan de juegos que a la calidad de sus productos. Ya no se dice: "compre nuestra mercancía y saldrá satisfecho", sino: "compre nuestra mercancía y tendrá casa propia". En su afán desmedido de lucro, empresas que debieran ser respetables no tienen escrúpulos en dar al público un producto inferior con tal de poderle ofrecer premios, poniendo en trance sumamente difícil a los colegas que tienen una ética profesional más elevada.

No solamente engañan al pueblo dándole un artículo de inferior calidad, sino que se convierten en peligrosos corruptores de las costumbres públicas.

Pero esta campaña industrial o comercial que tiene por base la excitación al vicio, no se podría llevar a efecto si el Gobierno no empezase por dar el mal ejemplo.

No podemos admitir que un individuo por el hecho de haber nacido en Cuba esté condenado fatalmente a ser un jugador inveterado, como casi sostiene el Gobierno. La Providencia jamás ha sido tan cruel con un país. El cubano tiene la misma predisposición al juego que puede tener el norteamericano y el inglés. Entre ellos no hay diferencias congénitas en este sentido. Las diferencias las establece sólo el ambiente. Mientras que el inglés y el norteamericano escuchan constantemente decir a sus gobiernos que el juego es un vicio repugnante, el Gobierno de Cuba por todos los medios de publicidad habidos y por haber nos grita diariamente: Juega, "juega a la Lotería para que rompas el yugo de la pobreza".